

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

2

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO
CUENTOS



Escobar Giraldo, Octavio, 1962-

Cuentos/Octavio Escobar Giraldo -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2015.

112 p.; 21 cm -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-298-4

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

E746

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Octavio Escobar Giraldo

Cuentos

Colección Debajo de las estrellas

a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: septiembre de 2015

© Octavio Escobar Giraldo

© Panamericana editores de los dos cuentos: “De música ligera” y “¿Recuerdas *Staying alive?*”

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A No.10 Sur-107

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-298-4

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

CONTENIDO

Con Sandra en EL♣HIP	7
Hotel en Sangri-Lá.....	27
El diámetro de la cúpula de la capilla Sixtina	41
543 minutos, 21 segundos.....	53
Infestación	73
De música ligera.....	75
¿Recuerdas <i>Staying alive</i> ?.....	83
Apócrifo	99
La muerte de Dioselina.....	101

CON SANDRA EN EL♣HIP

—¡Llegó Sandra! —grita Esteban sin ocultar su alegría, y yo sé que el día está arruinado. ¿Por qué hoy? ¿Por qué precisamente el día que vamos a EL♣HIP?

Está en la sala, mirándolo todo, comparando la casa de hoy con la de hace dos meses. Ya vio el mueble-bar que compró mamá y las cortinas nuevas. De las cortinas no dirá nada, pero del mueble-bar...

—Hola —le digo.

Levanta la mano y al reloj que le regaló papá en su fiesta de quince lo rodea un sinfín de pulseras y manillas.

—¿Y El Veterano? —me pregunta cuando bajo la escalera.

—Fue con mamá a tanquear el carro. ¿Y El Armatoste? —paso a la ofensiva.

—Está en una misión en el nevado del Cocuy.

Sandra llama “misión” a que “su hombre” se vaya de paseo con otros enmorrallados y eviten que un campesino muerto de hambre cultive unos metros cuadrados más de papa o de cualquier otra cosa.

—Estás linda.

Si mamá estuviera tendría que decir “gracias”, pero por ahora puedo darme el lujo de responderle con una mueca.

—Pero te está saliendo barriga —me dice con absoluta mala intención.

—¿Te parece? —Levanto mi camiseta. El abdomen perfecto.

—Sí, me parece.

—Yo también tengo barriguita —se arriesga Esteban a interrumpir la conversación entre sus dos hermanas mayores. Tiene ese masa atroz que los niños de seis años exhiben a diestra y siniestra.

—¿Quieres? —lo tienta con un turrón de ajonjolí; después lo convencerá de que el apio, la lechuga y las espinacas son los mayores manjares. Esteban cae. ¿Van de paseo?

—No. Vamos a EL♣HIP.

Se resiste a preguntar qué es EL♣HIP. Tiene el pelo corto, casi rapado, y su camisa de lino con botones de madera combina perfecto con una falda hindú que, tengo que reconocerlo, es muy bonita. Lo demás es lo obvio: sandalias, un piercing en la ceja izquierda y la infaltable mochila arhuaca.

—¿Qué es EL♣HIP? —Sus ojos azul ozono (no sé si el ozono es azul pero la he oído hablar tanto de él), desdeñan mi triunfo.

—Es un tanque enorme que pusieron en el zoológico, lleno de hipopótamos, hipopótamas e hipopotamitos.

—Las dos sabemos que por fortuna aquí no hay zoológico, Laura Antonia.

Odio mi nombre completo. Sabe que en dos años y medio, cuando cumpla los dieciocho, voy a anular el

Antonia de mi abuela materna sin ningún remordimiento. Estoy por lanzarle todas las maldiciones y groserías del mundo, pero la puerta se abre y entra papá. Está divino: pantalón de pana, camisa blanca, chaleco a cuadros, cachucha; le preocupa su calva.

—Hola, Miranda.

¡Marica! Le dijo Miranda. Él es el único que se atreve a usar el segundo nombre de Sandra Miranda, ni yo me arriesgo. Cuenta la leyenda que en tiempos inmemoriales papá era un gran lector, sobre todo de Shakespeare, y vivía enamorado de uno de los personajes de *La tempestad*, Miranda, la hija del rey. La misma leyenda dice que en el momento del bautizo de la primogénita, mi mamá se compadeció de la niña y le agregó el primer nombre que se le vino a la cabeza.

—Hola, papá. —Se acerca y le da un beso en la mejilla—. ¿Y mamá?

—En el carro; estamos de salida. ¿Nos acompañas?

—¿A dónde van?

—A mercar y a comprar unas cosas para la casa.

—Vamos a **EL♣HIP** —Arrastra Esteban su chaqueta roja. Trae en la otra mano el volante en forma de hipopótamo que repartieron en su colegio para hacerle publicidad al hipermercado que inauguran hoy junto con el Megacentro Babilonia.

Sandra lo mira y su piercing sube desaprobatorio.

—No sé si valga la pena.

—No creo que te haga daño —insiste papá—. Hace mucho que no compartes tu tiempo con nosotros. Además, no conoces el carro nuevo.

Sandra se mueve unos pasos y ve la Toyota verde oliva, último modelo, desde la que saluda mamá con una mano. Otra leyenda familiar dice que papá compró el primer carro, seguramente un Renault de los baratos, por allá en la prehistoria, y Sandra durmió tres días en el asiento trasero, abrazada al osito de peluche y a una cobija. Su fascinación por los vehículos impulsados por la combustión de recursos naturales no renovables es un rasgo infantil del que abomina hoy con dificultades que detecta cualquier buen observador.

—Es linda—se fuerza a resumir. Le ayuda con la chaqueta a Esteban, coge su mano y juntos suben a la parte trasera de la Toyota, donde yo tendré que acompañarlos. Mamá se vuelve para abrazarla y besarla. El tono castaño claro que luce en su pelo desde hace unas semanas la hace ver más joven, más dinámica, y el spinning está reafirmando sus carnes, llenándola de energía.

—Vamos a EL♣HIP —reitera Esteban con voz de niño mimado y mamá lo acaricia mientras papá se ajusta el cinturón de seguridad. Sandra toma unos segundos el hipopótamo de papel amarillo y busca aprobación para su indignado gesto. Miro al frente, al futuro.

—Bienvenidos a la audiencia de Gómez y Gómez, siento mucho punto y coma, a go-go superestéreo. Aquí su discjockey Sergio, listo para complacerlos.

Cada que Sandra aparece, papá se esfuerza al máximo, se desdobra, en su intento de volvernos a un pasado de unidad y armonía. Mientras salimos del barrio para tomar la circunvalar, anuncia los discos compactos que tiene en la guantera. Por la forma en que lo hace, entendemos que quiere poner música clásica, *El sueño de una noche de*

verano, otro vestigio de su adolescencia shakespereana. Es la elección que acostumbra cuando quiere generar un clima de reconciliación y alegría. Confía demasiado en el tal Mendelssohn.

El único que protesta es Esteban: desde hace dos semanas repite y repite las canciones de *La sirenita*, pero una de las frases mágicas de mamá lo condena a una resignación con pucheros pero sin llanto.

—Mi amor, ¿cómo está Billy?

—De turismo por Colombia —me adelanto a la respuesta de Sandra.

—Bien, mamá —responde ignorándome por completo—. Está en el Cocuy, haciendo un documental con unos ecologistas alemanes.

—Qué bueno —procura alegrarse papá—: hace lo que le gusta y se gana unos pesos.

—No lo hace por el dinero. —La impaciencia aflora en su voz y yo siento que volveré a escuchar un diálogo que he oído un millón quinientas cincuenta y siete mil doscientas treinta y tres veces.

—Claro, hija. Eso es admirable. —Sus compañeros de oficina se partirían de la risa si lo escucharan.

—¿Cuánto te costó este carro, Sergio?

Papá busca la respuesta adecuada. Está acostumbrado a que Sandra lo llame por su nombre, pero siempre tiene dificultades para justificar algunos de nuestros gastos. En mi opinión es muy tonto que lo haga.

—Lo que importa no es lo que costó, ¿no te parece?, es el servicio que nos va a prestar.

—Quema mucha gasolina —sentencia Sandra. La significación correcta de su frase es: “Estás contaminando, papá.

Estás destruyendo la capa de ozono. Estas arruinando el futuro de tus hijos, de tus nietos y de todo el planeta”.

—Podemos pagarlo, Miranda.

—La dirección es de una suavidad impresionante, mi amor —interviene mamá ante el semáforo en rojo. Casi simultáneamente suena la marcha nupcial de Mendelssohn. Papá mira a Sandra y el sentimiento de culpa la va hundiendo en el asiento. Él le sonrío con tristeza y pone la banda sonora de *La sirenita*.

Entramos, por fin, al Megacentro Babilonia. La larga espera no consiguió matar las expectativas que generó una campaña publicitaria de más de tres meses. Bajamos de la Toyota y contemplamos los jardines y las fuentes, la comodidad de los parqueaderos: a primera vista cumplen con las promesas que hicieron. El sendero que tomamos nos lleva a un portal en el que dos payasos entregan hipopótamos de colores inflados con helio. En sus barrigas dice **EL♣HIP**. Esteban recibe el suyo. En un corredor conviven varios almacenes que venden ropa de grandes modistos. Mamá se emboha frente a un vestido que debe ser de Armani —cuando vemos la entrega de los Oscars siempre alaba a las actrices que llevan ropa de Armani—, y yo me fijo en unos zapatos que hay en otra vitrina. Sandra y papá se quedan en el centro del corredor, como perdidos, y después de unos instantes todos seguimos hacia la plazoleta que vemos al frente, en donde comienza una de las áreas de alimentación. Papá descubre que están desocupando una mesa y corre hacia ella. Mamá lo sigue tirando de Esteban, que quiere una paleta Robin Hood de mandarina, mientras Sandra y yo evaluamos con ojo crítico el panorama. Desde algún

lado llegan los sonidos pueblerinos de una banda. Pese a la alta concentración demográfica, no hay muchos hombres dignos de una mirada y entre los más atractivos es alto el porcentaje de maricas, es fácil detectarlo. Sandra revisa los sitios de comidas: Los bucaneros, comida de mar; Casanova, comida italiana; Greta Garbo, cocteles de café y crepes; Don Quijote, empanadas y chorizos; hasta llegar a La primavera, ensaladas. Ambas cruzamos hasta la mesa sin mirar a nadie, seguridad y garbo en cada paso, y a mi memoria viene la época en la que jugábamos a los reinados de belleza, hace siglos, y Sandra quería ser siempre la señorita Chocolate para tener un culo como el de las negras y caminar como ellas; incluso una vez intentó oscurecer su cabello con betún negro.

—Quiero ensalada —anuncia sin sentarse.

—Yo quiero comida mejicana.

—¿Tú crees que en un sitio que se llama Sitting Bull saben siquiera dónde queda Méjico?

La miro y sonrío ampliamente:

—Voy a llenarme de tacos y burritos.

—Yo quiero una paleta de mandarina —repite Esteban. Lo ha dicho trescientas cincuenta y siete veces.

—Te puedes chupar la paleta después de que comas otra cosa —puntualiza mamá—. El aguacate y las salsas te brotan el acné —me advierte.

Papá se levanta, y mientras mamá retiene a Esteban y cuida la mesa, nos acompaña a hacer nuestros pedidos. Sandra consigue que le vendan una ensalada sin rastro de carne y yo pido algo enorme que llaman plato ranchero.

—Si sigues así, esos descaderados van a pasar a la historia muy pronto. —Se pone impertinente papá—. ¿Limonada natural para todos? —Es su manera de sintonizar con Sandra.

Asiento pensando en una Coca-cola. Suponiendo que Sandra considera menos desagradables las carnes blancas, papá evita un negocio que se llama La Parrillada Argentina y compra para mamá y para él unos filetes de pechuga con ensalada rusa.

—Con lo que ustedes gastan en una tarde, Billy y yo viviríamos dos semanas —importuna Sandra.

—Es que nosotros estamos en período de crecimiento —replico añorando la voz.

Papá ríe ante mi ocurrencia y señala un globo en forma de hipopótamo que se eleva por encima del pabellón de la derecha del centro comercial. A nuestro regreso a la mesa, mamá se deja empujar por la rabieta de Esteban rumbo a la paleta de mandarina.

Diez minutos después todos comemos en paz, embarcados por esa camaradería que tiene más que ver con el estómago que con el corazón. Sandra reniega porque su lechuga está vieja, pero estamos tan entretenidos con nuestra comida que nos olvidamos de responderle.

—La limonada está deliciosa —apunta papá para compensarla, mientras mamá sumerge en mi guacamole un trozo de su pechuga, que le embute a Esteban.

Si obviamos algunos detalles, la escena podría ser parte de nuestro álbum de recuerdos, de ese álbum que la ausencia de Sandra mandó casi al olvido durante los últimos dos años. Antes, cuando éramos víctimas de su obsesión fotográfica, crecía semanalmente: “mamá sorprendida con su mascarilla de pepino en la cara”, “Esteban cayéndose de la bicicleta”, “Laura bronceándose en la terraza”, escribía debajo de las fotografías. Después apareció El Armatoste

con sus dos metros de estatura, sus mensajes ecológicos y una cola de cabello negro, brillante, cayendo por encima de su espalda. Entonces Sandra compró una cámara más sofisticada y comenzó a interesarse en los paisajes. En las fotografías de las últimas vacaciones conjuntas, la familia aparece en un rinconcito mientras los árboles y los pastos de Boyacá nos roban todo el protagonismo. Dos meses después Sandra se puso el piercing y desalojó el cuarto en el que crecimos. En compensación, de nuestra cuenta de ahorros desapareció la mitad del dinero. Papá habló con El Armatoste, que estaba más apenado que orgulloso. El Armatoste habló con Sandra. Sandra dijo que ya era mayor de edad y no quiso hablar con papá. Le faltaban dos meses para cumplir los dieciocho años.

—¿Vamos a mercar o no? —Se agota la paciencia de Sandra.

Después del almuerzo, mamá propuso que camináramos un poco para mejorar la digestión. Ese recurso nos permitió disfrutar durante dos horas del centro comercial. Sandra no protestó mientras estuvimos en un almacén de ropa interior, incluso me ayudó a escoger una tanga brasilera, aunque anotó que los materiales elásticos de los que está hecha provienen del petróleo. Le contesté que ya sabía de la capacidad contaminante de mi culo y se calmó, pero cuando nos dejamos ir de vitrina en vitrina y empezamos a preguntar aquí y allá por una cosa y la otra, el piercing se trepó bien alto en su frente. Antes le gustaba hacerlo. Recuerdo que pasábamos tardes completas en Bulevares o San Francisco, casi siempre viendo ropa, zapatos, música, viendo nada, simplemente estando allí, criticando

a nuestras amigas, burlándonos de sus novios. Ella me presentó a Gabriel en Multicentro y yo le mostré a Cristian en Bulevares. Caminábamos y caminábamos y cuando nuestros pies protestaban, nos sentábamos en uno de esos maravillosos sitios donde prueban cámaras, reproductores de DVD, televisores gigantes, y nos entreteníamos con los videos musicales. Otras veces, si teníamos dinero, entrábamos a cine. Mamá nos acompañaba cuando se lo permitíamos; a veces papá se dejaba arrastrar. Hoy, por ejemplo, está con nosotros porque quiere ver qué nos gusta, con qué nos emocionamos, para ir pensando sus regalos de navidad; la suya es una visita interesada. Si por él fuera, mercaríamos en un sitio más cercano a casa, en el supermercado de siempre, donde tiene ubicados todos los productos. En cambio, la desesperación de Sandra es sincera. Hace media hora que apenas habla, y cuando nos detenemos, se recuesta en la pared a esperarnos o protesta por la cantidad de gente, por el bochorno. Sólo reaccionó normalmente ante un almacén de velas y sahumerios, pero la ignorancia de la vendedora con respecto a sus usos la sacó de quicio (compró un candelabro de madera que pasó sin envoltorio a su mochila). También se enfureció porque en una de las plazoletas unos muchachos de lo más patéticos se quedaron mirándonos como embobados. A mí me dio risa. Antes le gustaba que nos miraran, era parte del atractivo de ir a los centros comerciales; ahora quiere pasar inadvertida, que nadie la vea, pero con la ropa que se pone llama la atención, es inevitable. Si sólo se relajara, lo disfrutaría. Hay promociones y rebajas en casi todos los almacenes, brilla el sol y todo funciona porque es nuevo:

las fuentes, los avisos luminosos, los computadores, las escaleras automáticas. No hay nada más triste que la decadencia de un centro comercial. San Francisco, por ejemplo: los locales están vacíos o los dividieron y los almacenes son cada vez más precarios; la última vez que fui había un baratillo de esos de todo a mil, que es uno de los espectáculos más deprimentes que existe. En cambio, no hay nada más emocionante que una inauguración como ésta: la gente va feliz, cargando sus bolsas de compras, con una ansiedad que les quita el cansancio; es como si a todos nos moviera la misma energía, como si todos bailáramos al ritmo de la misma música. Excepto Sandra.

Ante su reclamo, papá la mira:

—Rosario le está comprando un morral a Esteban, espera un momento.

—Llevo siglos esperando un momento.

—No hay necesidad de que te enojés, ya vamos a mer-car, te lo aseguro.

La impaciencia de Sandra me obliga a enamorarme de un overol negro. Conozco la marca, es costosísima. Papá se resiste, Sandra lo apoya. Insisto en medírmelo, pondero sus costuras rojas, su estilo, lo bien que combina con la mayoría de mis camisetas, la calidad de la tela. Gano.

—Sergio, ¿esto es lo que hacen todos los sábados?

—No todos —se defiende papá.

—¿Y qué haces tú? —contraataco—, ¿fumar marihuana y salvar el mundo?

Sandra me mira atónita.

—Lo que yo fume o deje de fumar no es asunto tuyo.

Cuando El Armatoste era sólo uno más de sus admiradores, dormimos una noche en la terraza con la excusa del

calor y de una lluvia de estrellas. En realidad nos fumamos un cigarrillo de marihuana que él le regaló. Fue mi primera vez, casi la única. Aludir a esa noche viola uno de nuestros mayores secretos.

—Mamá, ¿Sandra fuma marihuana?

La pregunta de Esteban pone en los ojos de mamá una mirada asesina. Hice una mala jugada. Se arrodilla para hablarle a su mismo nivel:

—Esteban, escúchame bien: nadie en la familia fuma marihuana. ¿Entiendes?

Esteban siente la presión de su voz, las manos sobre sus hombros infantiles.

—¿Entiendes? —repite.

—Sí, mamá. —Baja la cabeza como si lo estuvieran regañando.

—Ustedes dos me tienen hasta la coronilla, señoritas —se incorpora—. Estoy harta.

Desde que entramos a **EL♣HIP**, Sandra ha estado insoportable, criticando cada cosa que hemos comprado o quisimos comprar, tachándonos de consumistas y depredadores. Lo del papel higiénico fue ridículo. Mamá no compra los rollos fabricados con papel reciclado porque detesta su color, le gusta la sensación de limpieza que da el blanco. Sandra nos dirigió un discurso sobre nuestra incapacidad para entendernos como parte de la naturaleza, para asumir lo que somos. Papá le explicó que aceptábamos su punto de vista, pero que teníamos derecho a nuestros gustos. Sandra reviró mencionando que sufríamos una serie de complejos, que leyéramos a Freud para que nos quitáramos tanta telaraña de la cabeza, y afrontó sola el resto del pasillo, dándonos la espalda.

Ni siquiera en la sección Vegetales nos libramos de sus recomendaciones y sus ataques. Nos sugirió que compráramos las frutas y las hortalizas que estuvieran en peores condiciones porque eso indicaba que no estaban tan llenas de químicos y, para ayudarnos a decidir, puso unos tomates casi podridos en el carro, sin siquiera meterlos en una bolsa, porque es un crimen gastar tanto plástico en nada, es un atentado contra la tierra. A la sección Carnes ni se acercó, y cuando intentábamos comprar jabones, detergentes y champú nos habló como si mereciéramos la horca. Y nos aguardaban sus intervenciones más fulgurantes. A una muchacha que nos ofreció unas arepas, le pidió información sobre los preservativos que utilizan sus fabricantes y después estropeó una degustación de café instantáneo con sus comentarios. En ese momento papá no aguantó más:

—Si lo que quieres es que nos sintamos mal, ya lo lograste. ¿Te calmas, por favor?

—Y si no, ¿qué?

Papá se queda de piedra. Después de unos segundos en los que yo soñé con una cachetada, dice que se va a buscar otro hipopótamo para Esteban, ya cansado de jalar y jalar el suyo sin conseguir que vuelva a elevarse.

—Eres una desadaptada —decido machacarla.

—Y tú una tarúpida. —Me aplica la combinación de tarada y estúpida que usábamos en el colegio.

—Te mereces lo que te sucede.

—¿Qué te sucede? —Se alarma mamá.

—No me sucede nada. —Me empuja y se va a la sección Música, a buscar un disco con cantos de ballenas.

—¿Qué le sucede? —Pregunta mamá en tono perentorio.

—Lo que se ve —respondo con frialdad.

Una semana antes Sandra había llamado, no sé si para conversar con alguien o para demostrar que enfrentaba con madurez los conflictos de la vida adulta. Me leyó su citología. Es necesario que le hagan algo que llaman colposcopia. Si tiene suerte, sólo le rasparán un poco el cuello de la matriz; si no, puede necesitar un procedimiento mayor. Cuando le pregunté por la causa de su problema, el médico mencionó, entre otras muchas cosas, unas bacterias o unos virus que transmiten los hombres durante el coito.

—Fue Rafael —aseguró.

Sandra tiene relaciones sexuales desde los trece años, y en algunas épocas no fue muy selectiva.

—¿Por qué Rafael?

—Porque era un tonto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Su primera vez fue con una prostituta.

—¿Él te lo contó?

—Sí, él me lo contó.

—¿Y no te dio asco?

—¿Por qué crees que terminamos? ¿Qué hombre tiene ahora su primera vez con una prostituta?

—Tal vez te mintió.

—¿Para qué?

—Para hacerse el interesante.

—Él no era tan ocurrente y me lo contó muy apenado.

—¿Es la primera citología que te haces?

—Sí, la primera. Billy insistió.

Si algo hemos tenido claro desde un principio, es que El Armatoste es todo, menos un irresponsable.

—No va a pasar nada, el médico simplemente te dio la información, eso es todo —intenté tranquilizarla, aunque parecía no necesitarlo.

—De eso estoy segura; soy una persona muy saludable, muy vital.

Su confianza en sí misma me molestó:

—¿Y si fue El Armatoste?

—¿Qué quieres decir?

—Si la infección o lo que sea te la pegó El Armatoste. Como es tan ecológico... —Inoculé mi veneno—. Tal vez piensa que hay que convivir con los bichos, acabar de criarlos.

Guardó silencio unos segundos, bastantes.

—A veces no puedo creer lo inmadura que eres, Laura Antonia.

Guardé silencio unos segundos, los suficientes.

—A veces me asombra tu inocencia.

El daño estaba hecho.

Sandra se disculpa por su comportamiento y de inmediato sugiere que vayamos a cine: hay una película que quiere ver. Papá y mamá conversan recostados en la Toyota; un hipopótamo azul flota dentro de la cabina. Sentadas en una banca sin espaldar, encorvadas, silenciosas, parecemos nuestro propio recuerdo: después de los regaños, nos refugiábamos en un sofá que terminó arrumado frente a la mesa de planchar porque nosotras le reventamos los resortes de tanto brincarle encima.

De pronto Sandra se levanta y me arrastra:

—Acompáñame al baño —y le pide paciencia a papá con la mejor de sus sonrisas—: Nos vemos en los cinemas. —Señala hacia la derecha.

—Suéltame —le exijo cuando entramos. Mientras ella busca un cubículo que esté vacío, yo finjo revisar mi maquillaje en el espejo.

—Ven. —Me empuja dentro y cierra la puerta. Es ridículo que nos encerremos ahí, más sí lo que quiere es tener una buena pelea, como en los viejos tiempos.

—¿Qué pasa? —pregunto histérica.

—Mira. —Me da la espalda y abre las piernas por encima del sanitario. Hay una mancha roja en su falda.

—¡Marica! —exclamo—. ¿Por qué no me dijiste que estabas tan mal?

—¿Qué quieres decir? —me pregunta volviéndose.

—Es un cáncer, ¿o qué? —Siento que empiezo a sudar.

—Es la menstruación —responde con toda tranquilidad, obviando las tres o cuatro ideas que yo relacioné en una décima de segundo, las consecuencias a las que creí que nos enfrentábamos. Imaginé a El Armatoste y a papá consolándose mutuamente.

—¿Tienes una galleta? —me urge sonriendo.

—Una galleta no, —contesto. Es nuestro nombre clave para las toallas sanitarias. Saco del bolsillo posterior de mi bluyín un protector.

—Sabía que tendrías algo —respira aliviada y comienza a quitarse la falda-. Voy a necesitar el overol que compraste.

Es difícil moverse en un espacio tan pequeño, pero no me pide que me salga. Me pego a la puerta y apoya una mano en mi hombro para sacar los pies de una especie de bikini de tela burda.

—¿Por qué no te pusiste algo si sabías que te iba a llegar?

—No lo sabía. Tomé anticonceptivas unos días de más para ir a una misión en la laguna de La Cocha, y se me desorganizó el ciclo.

Hace un gigantesco amasijo de papel higiénico y se limpia sin ningún pudor. Cuando vivíamos en el mismo cuarto era frecuente que nos viéramos desnudas, pero esto me parece excesivo.

—Lo que hiciste no es muy ecológico –ensayo una crítica para aliviar mi turbación.

—Tienes razón.

—¿Y no sentiste algo? –Insisto en una cuestión que ya no importa.

—Sabes muy bien que yo nunca siento nada.

Lo sabía: las dos menstruamos sin dolor; antes muy coordinadas, prácticamente el mismo día.

—¡A ti te está dando cólico ahora? –Levanta el rostro congestionado por la posición.

—Sí –miento. Un segundo amasijo de papel higiénico termina en el sanitario. Bota el agua. De la bolsa de las compras saca la tanga que me regaló mamá, le fija el protector y se la pone.

—Eso significa que te hago falta –afirma, admirando lo bien que le ajusta mi ropa interior nueva, mucho mejor que lo que tenía puesto. La dieta vegetariana la libró de la celulitis, tomo nota–. Te compraré otra tanga, una igualita o mejor –promete.

—Que sean dos.

—Está bien. Pásame el overol. Te lo devolveré como si estuviera nuevo.

—Pero me lo lavas con algo bueno —exijo en voz baja. La desaparición del estruendo del agua me hace pensar que todo el mundo ha oído nuestra conversación.

—Te lo lavo con el veneno que me digas. —Antes nos prestábamos ropa constantemente, incluso la nueva, sobre todo la nueva.

—Y me encimas algo.

—¿Qué? —Pretende expresar asombro por mi abuso, pero yo quiero entender otra cosa.

—No sé, lo que quieras.

El overol le ha quedado perfecto. Se lo alisa y le quita las etiquetas.

—¿Te gustaría una correa tejida con congolos? Te quedaría muy bien con ese bluyín.

Mete su falda y su ropa interior en la bolsa de las compras, envuelve todo el paquete sin apretarlo y lo hunde en su mochila. Se echa hacia atrás para darme espacio, abro la puerta y salimos. Nos paramos frente al espejo.

—Gracias, Laura. —Saca un cepillo.

—Papá debe estar pensando que nos estamos arrancando los ojos.

—Sí —contesta distraída, cepillándome.

—Quiero un piercing —digo.

—Piénsalo mejor. Si El Veterano te da permiso, yo te lo regalo.

—¿Tengo que pedirle permiso?

—Y a mamá también. Te lo exijo —me advierte solemne, volviendo el cepillo a su mochila.

Caminamos a través de la gente hacia los cinemas. La película se llama *Nickel Odeon* y la protagonizan Sean

Connery, Denzel Washington y Angela Bassett. Apruebo la elección: me encanta Denzel Washington.

Papá nos pide una explicación y le dice la verdad. Ríe con ganas y se relaja porque piensa que a eso se refirió mi comentario indiscreto de media hora antes.

—Rosario y Esteban no querían entrar a cine. —Trata de excusar a mamá.

Las dos asentimos cuando nos pregunta si queremos palomitas de maíz y Coca-cola. Nos habla de las películas viejas de James Bond, las que hicieron famoso a Connery; parece que se las vio todas.

Cuando ingresamos a la sala ya han apagado las luces. Las dos nos aferramos a él como unas garrapatas.

